

hábiles; poco le costaba escribirlas, porque nada le costaba borrarlas. En revolucion no reconocía más gobierno legítimo que las circunstancias y la ley de la necesidad.

IV

Circulaba entónces el rumor de que la Convencion, sin saber el partido que habia de tomar con los girondinos que tenia cautivos en Paris, no atreviéndose á juzgarlos ó absolverlos, se proponia hacer un sacrificio á la paz y á la reconciliacion con los departamentos amnistiando á los veintidos. Era éste, en efecto, el parecer de Danton: el rigor inútil le apesadumbraba, y el recuerdo de Setiembre le apartaba del asesinato. Valazé, indignado por el ultraje que semejante perdon encubria, escribió á la Convencion que no podia creer en ese proyecto del comité de salud pública, que la libertad era para él ménos cara que el honor, y que rechazaria con horror el perdon. Vergniaud, igualmente intrépido, y que provocaba á sus vencedores desde el fondo de su calabozo, escribió una carta en el mismo sentido. «Pido que me juzguen,—decia.—Si soy culpable, yo mismo me he constituido voluntariamente en estado de arresto para ofrecer mi cabeza en expiacion de las traiciones de que fuere convencido; pero si mis calumniadores no presentan pruebas contra mí, pido á mi vez que vayan al cadalso. Ciudadanos colegas, apelo á vuestra conciencia; á su vez será juzgada vuestra justicia por la posteridad.»

Los restos del partido de la Gironda, animados por el levantamiento de los departamentos, se presentaron en masa en la sesion de la Convencion para apoyar la lectura de dichas cartas y las peticiones en favor de los proscritos. «Os están arrojando las teas de la guerra civil,—exclama Legendre.—Apresuraos á apagarlas, pasando desdeñosamente á vuestras deliberaciones.» La Convencion dejó á un lado las peticiones, y Barere leyó un informe del comité de salud pública en el cual ensalzaba el 31 de Mayo, al propio tiempo que pedia medidas severas para hacer entrar á los Jacobinos y á la municipalidad en el respeto del poder supremo concentrado en la Convencion. «Hombres de la Montaña,—decia Barere terminando,—no os habreis sentado por cierto en ese puesto elevado para sobreponeros á la verdad. Sabed, pues, darle oídos. No pronuncieis ántes la opinion sobre la culpabilidad de los colegas que habeis rechazado de vuestro seno, y miéntras se les juzga, enviad rehenes á los departamentos alarmados.» Robespierre, Lacroix, Thuriot y Legendre se indignaron de esta debilidad. Robespierre se admiró de que volviera á ponerse en cuestion lo que ya el pueblo habia juzgado.

En aquel propio instante se anunció á la Convencion que los administradores de los departamentos sublevados acababan de prender á los comisionados Romme, Prieur (de la Costa de Oro), Ruhl y Prieur (de la Marne). «Conozco á Ruhl,—exclamó Couthon;—sería libre aún al frente de todos los cañones de Europa.» Se pidió por aclamacion el pronto castigo de los administradores rebeldes. Algunos miembros de la derecha propusieron medidas débiles ó pérfidas de expectativa. Danton, al oír esto, salió al parecer de la inexplicable inercia que le echaban en cara.

«¡Cómo!—exclamó.—¿Parece que se duda de la república? En el momento de una gran regeneracion social es cuando los cuerpos políticos, semejantes en esto á los físicos en el instante de su reproduccion, se hallan amenazados de una des-

truccion próxima. Estamos cercados de tormentas, el rayo truena. Pues bien, de entre sus estallidos saldrá la obra que inmortalizará á la nacion francesa. Recordad, ciudadanos, lo que pasó en tiempo de la conspiracion de Lafayette; recordad el estado de Paris: entónces estaban los patriotas oprimidos, proscritos, amenazados por todas partes, y las mayores calamidades se veian prontas á caer sobre nosotros. La situacion de hoy es la misma. Parece que sólo existe el peligro para los que han creado la libertad. Pronto quedaron relevados Lafayette y su faccion. En el dia, los nuevos enemigos del pueblo están en fuga ya con nombres supuestos. Ese Brissot, ese corifeo de la secta impía que va á ser ahogada, ese hombre que ensalzaba su orgullo y se jactaba de su indigencia, acusándome de ir cubierto de oro, no es más que un miserable á quien ha sabido hacer justicia el pueblo de Moulins prendiéndole como conspirador. ¿Se dice que la insurreccion de Paris ocasiona movimientos en los departamentos? Lo declaro á la faz del universo: esos sucesos cimentarán la gloria de esta magnífica ciudad. Lo declaro á la faz de Francia: sin el cañon del 31 de Mayo, los conspiradores nos impondrian la ley. ¡Recaiga, pues, en buen hora sobre nosotros el crimen de esa insurreccion!»

A esta orgullosa provocacion á la posteridad contestó la Montaña con un eco unánime. Danton se asociaba á la insurreccion victoriosa del 31 de Mayo, dándole ante Francia título de patriotismo. Couthon convirtió en mocion el



Los girondinos en Caen.—Pág. 32.

entusiasmo producido por tales palabras, é hizo votar, no sólo la amnistía de las fuerzas que habian sitiado la Convencion, sino tambien el elogio de la municipalidad, del pueblo, y hasta del comité de insurreccion de Paris, durante las jornadas del 31 de Mayo y del 1 y 2 de Junio. Ducos, que habia permanecido con Fronfrede en los bancos desiertos de los girondinos, se esforzó en apaciguar la cólera de los vencedores y en excitar la indulgencia en favor de sus colegas; pero le respondieron con murmullos. Se acusó á Vergniaud de haber querido corromper al gendarme que le custodiaba; se citó la evasion de Lanjuinais y Petion, que habian ido á alcanzar á sus colegas en Caen. Robespierre pidió un dictámen pronto del comité sobre los diputados presos. «¡Cómo! ¿Es aquí donde hay osadía para poner en parangon á la Convencion y algunos conspiradores? ¿Es aquí donde se oye el lenguaje de la Vendée?» Esta injuriosa alusion á la derecha fué cubierta de negativas y murmullos. «Pido,—dijo Legendre, que afectaba fanatismo hácia Robespierre,—pido que el primer rebelde, el primero de esos rebeldes (indicando con un ademán á los amigos de Vergniaud) que interrumpa al orador, sea enviado á la Abadía.» «Quien saberse sus crímenes,—continúa Robespierre.—Sus crímenes, ciudadanos, son las calamidades públicas, la audacia de los conspiradores, la coalicion de los tiranos de Europa, las leyes que nos han impedido hacer, la santa Constitucion que se ha levantado desde que ellos no están aquí. Ciudadanos, no os dejéis guiar por la más mínima pusilanimidad, inclinándoos á perdonar á los culpables; el pueblo es vuestro.»

Intentó Fonfrede conseguir que el decreto de prision contra sus amigos indicase al ménos la cárcel especial en que habian de ser encerrados, para no confundirlos con los criminales. Sólo obtuvo una fria indiferencia. Algunas mujeres é hijos de los presos suplicaron que se les permitiese participar de la suerte de sus parientes. La Montaña acogió ó desestimó estas peticiones individuales segun su parcialidad en favor ó en contra de las personas que las dirigian. Bertrand, que acababa de perder á su mujer y que quedaba solo y pobre para cuidar de sus tiernos hijos, les fué despiadadamente arrebatado. Esta discusion se prolongó. Drouet acusó á Biroteau de intentar huir y á Vergniaud de haber embriagado á sus carceleros. «Dejemos—dice al fin Robespierre—de ocuparnos de los individuos. Quisieran que la república no pensara más que en ellos; pero la república sólo piensa en la libertad. La intencion de vuestros enemigos es la de encender de nuevo la guerra civil. Desearian algunos que la Convencion presentase el espectáculo de las disensiones que agitan á Francia. Tal es el motivo de esa afectacion en pedirnos que os ocupeis de esos miserables individuos, que aunque heridos por la espada de la ley, levantan el estandarte de la rebelion. Dejemos á esos desgraciados entregados á los remordimientos que les persiguen.»

No tardó en saberse la fuga de Kervelegan y de Biroteau. «¿Dónde está, pues, su crimen?»—gritó una voz en la Llanura. «¡Su crimen!»—respondió Maure.—«Está en su fuga.»

Por último, Saint-Just, inspirado por Robespierre, leyó el informe definitivo sobre los sucesos del 31 de Mayo. Este informe, reuniendo en un solo cuerpo todas las calumnias de Camilo Desmoulins contra los girondinos, transformaba este partido en una vasta conspiracion para restablecer la monarquía abolida y entregar la república al extranjero. El federalismo se presentaba en él como fin

constante y sistemático del partido. «¡Vedlo!—decia Saint-Just terminando.—Querian esclavizaros en nombre de vuestra seguridad. Os trataban como á aquel rey de Chipre cargado de cadenas de oro. Marsella y Lyon, prontas á unirse á la Vendée, son presa de sus emisarios. Tiranos más odiosos que Pisistrato, mandan degollar al hijo que reclama á su padre, y á la madre que llora por un hijo. Buzot subleva el Eura y el Calvados; Petion, Louvet y Barbaroux le prestan apoyo. Se cierran las sociedades populares, se persigue á los patriotas. Se instala en Nimes una comision de gobierno. La sangre corre por todas partes. Burdeos oye el grito de *¡Viva el rey!* entre los ultrajes contra la Convencion. ¿Oís los gritos de los que son asesinados? La libertad del mundo y los derechos del hombre están bloqueados con vosotros en Paris. ¡No perecerán, no! Vuestro destino es más potente que vuestros enemigos. Nada les debeis ya, puesto que asolan su patria. Es el fuego de la libertad el que por sí mismo nos ha purificado, como el hervor de los metales que arroja del crisol la espuma impura. Quédense solos con sus crímenes. Proscribid á aquéllos, juzgad á los otros, y perdonad despues. No os complazcais en ser implacables.»

Este informe ofrecia la amnistía á los departamentos insurreccionados. Se resumia en un decreto, el cual declaraba traidores á la patria á Buzot, Barbaroux, Gorsas, Lanjuinais, Salles, Louvet, Bergoing, Biroteau y Petion; ponía en acusacion á Gensonné, Vergniaud, Mollevault y Gardien, detenidos en Paris; restituía á Bertrand, miembro de la comision de los Doce, al seno de la Convencion. Chabot, despues de este informe, pidió y obtuvo un decreto de acusacion contra Condorcet, que acababa de defender con valentía á sus amigos en un manifiesto á los franceses.

V

Miéntas que la Convencion desplegabá tanto rigor en el centro, combatía en las extremidades. Sus comisarios, luchando en todas partes con los emisarios girondinos, sublevaban las secciones, reunían los batallones, marchaban á su cabeza contra las primeras masas que se formaban, y ahogaban la insurreccion en su mismo germen. El general Carteaux cortó el camino de Lyon á los voluntarios de Marsella, y los puso en derrota cerca de Aviñon. Burdeos estaba indeciso entre vengar á los diputados ú obedecer á la Montaña. Pero el foco de la insurreccion federalista estaba en Caen, en Normandía, y en Bretaña. Dirijamos una mirada á aquella ciudad y á aquellas provincias.

Los diez y ocho diputados refugiados en Caen eran Barbaroux, Bergoing, Boutedoux, Buzot, Duchastel, Cuny, Gorsas, Guadet, Kervelegan, Lanjuinais sólo por unos dias, Lariviere, Lesage (de Eure-et-Loire), Louvet, Meilhan, Mollevault, Salles, Valady y Petion, acompañado de su hijo de edad de diez años. Habíanse unido á otros tres jóvenes escritores consagrados á su causa y á su desgracia, á saber: Grey-Dupré, Riouffe y Marchenna.

Estos diputados habian ido en masa á Caen, porque esta ciudad no habia esperado su provocacion para pronunciarse contra la jornada del 31 de Mayo y contra la violacion de la Representacion nacional.

Hacia algunos meses que los Jacobinos de Caen, irritados por las doctrinas de

la Montaña, habían roto abiertamente con la sociedad de Jacobinos de París. La misma noche del 31 de Mayo, el Consejo del departamento de Calvados había votado la formación de un ejército departamental, destinado á asegurar la libertad de la Convencion. «No depondremos las armas—decía el manifiesto redactado en la misma sesión—hasta haber reducido á la nada á los proscriptores y facciosos.» Una asamblea se encargó del gobierno de la insurrección, y confirió el mando de las tropas al general Wimpfen, antiguo diputado constitucional, natural de Bayeux, que aunque fiel á su patria, era sin embargo de ideas realistas. La asamblea insurreccional hizo prender á Romme y Prieur, ambos comisarios de la Convencion del partido montañés, encerrándolos en el castillo de Caen. Durante estas prisiones fué cuando Romme ideó el plan del *Calendario republicano*, que debía quitar al mismo tiempo las huellas de lo pasado y de la tradición.

Los diputados fugitivos llegaron sucesivamente á Caen en los primeros días de Junio. Cada uno á su llegada se presentó al comité insurreccional, y enardeció las opiniones federalistas con la relación de sus propias persecuciones. La ciudad les dió hospitalidad en el antiguo palacio de la intendencia. Fueron más bien espectadores que actores en la insurrección. Esta cobró fuerzas con la adhesión de algunos regimientos que estaban de guarnición en Caen y sus inmediaciones, y la formación de batallones de voluntarios escogidos entre la juventud de Rennes, de Lorient y de Brest. La vanguardia de estas tropas, bajo el mando de Mr. de Puisaye, emigrado que había vuelto á entrar, adicto al rey, se apostó en Evreux. Puisaye no veía en la insurrección más que la caída de la república, y una vez vencedor, creía en la posibilidad de hacer cambiar fácilmente de bandera á sus tropas, y restablecer la monarquía constitucional. Era un hombre á la vez orador, diplomático y soldado, de carácter y temple eminentemente adecuado á las guerras civiles, que más bien producen aventureros que héroes. Mr. de Puisaye había pasado ya un año entero oculto en una cueva en medio de los bosques de Bretaña, para encender con sus ardides y correspondencias el fuego de la rebelión contra la república. Al presente se revestía con los matices tricolores y las opiniones de los girondinos. Sus soldados desconfiaban de él. El general Wimpfen permaneció en Caen con el cuerpo de ejército principal, tratando en vano de fortificarse con enganches de voluntarios. Los emisarios de la Montaña, diseminados por el departamento, amortiguaban y desalentaban el movimiento. Se temía que la libertad sucumbiese en la lucha que en su nombre iba á trabarse.

Mr. de Puisaye hizo marchar sus tropas, en número de dos mil hombres, sobre Vernon; pero habiéndolas acampado imprudentemente en las cercanías de Bre-court, abandonándolas durante la noche del 13 de Julio, algunos cañonazos de las tropas de la Convencion bastaron para dispersarlas. Esta derrota fué la señal de la que habían de sufrir los insurrectos en todas partes. Los mismos batallones bretones tomaron el camino de sus departamentos. Robert Lindet, comisario de la Convencion, entró en Caen sin resistencia. Los diputados no pensaron ya más que en su seguridad. Wimpfen les ofreció proporcionarles un asilo en Inglaterra; pero lo rehusaron, temiendo confundir su causa con la de los emigrados.

La misma indolencia que les había perdido en París les perdió en Caen. Ninguno de ellos desplegó aquellos recursos de carácter y de ingenio que suplen al número y crean los medios de acción. Contemplaban la fortuna sin aprovecharse

de ella. Perdían los días en conferencias estériles con los miembros del comité insurreccional. Barbaroux se ocupaba de poesía, como en los ocios de una vida sosegada. Se excusaba de su voto de muerte en el proceso del rey. «No era mi opinión personal,—decía,—era el voto de mis comitentes, que me limité á expresar.»

Petion parecía absorbido en los cuidados que procuraba á su hijo.

Louvet y Barbaroux se trasladaron á Lisieux, con objeto de marchar con la vanguardia á París; pero llegaron en el momento en que las tropas desconcertadas de Puisaye retrocedían á Caen. Uno de sus amigos, que huía con los batallones de aquel general, encontró á Barbaroux echado en el pavimento de su cuarto en una hostería de Lisieux, y le anunció la derrota de Vernon. Barbaroux volvió á Caen.



Derrota de Vernon (13 de Julio, 1793).—Pág. 32.

Valady y él no se separaban. «Barbaroux—decía Valady—es un sublime atolondrado que dentro de diez años será un grande hombre.» Girey-Dupré componía estrofas insurreccionales para sustituirlas á las de la *Marsellesa* en los combates contra la Montaña.

Petion se justificaba con indignación de la sospecha de haber tenido parte en los asesinatos de Setiembre. Su aspecto honrado desmentía aquellas atroces imputaciones. «¡Ved,—decía de él Barbaroux,—ved al hombre que quieren hacer pasar por un asesino!»

Guadet conservaba el semblante, la palabra y la actitud trágicas. «¡Siempre orador!»—decía chanceándose Barbaroux cuando hablaba de él.

En Caen manifestaron más indiferencia por su suerte que carácter para repararla, y excitaron más curiosidad que entusiasmo. Todo abortó entre sus manos. Su guerra civil no fué más que un motín que ni siquiera se acercó á las murallas de París. La república que ellos habían creado les negó hasta un campo de batalla, y les reservaba el cadalso. Francia compadeció á aquellos hombres persegui-

dos. Se horrorizaba de las violencias hechas á la Representacion, de la opresion de la Convencion, de los patibulos; pero más horror le causaban los desastres de su territorio y la invasion del extranjero. No ponía entónces en balanza la tiranía pasajera de un comité de salud pública, por atroz que fuese, con la destruccion de la patria y la descomposicion de la unidad nacional, á la cual creía sacrificarse ella misma. El nombre de federalista era más que una injuria en la creencia del pueblo: era un paricidio que, segun él, sólo podía expiarse con la muerte.

Aquella sospecha de federalismo enviaba diariamente al patibulo los que con este nombre eran designados á la venganza del pueblo. Marat no cesaba de marcar con él á todos los que estaban relacionados con los diputados proscritos por algun vínculo de opinion ó de interes. Desde el dia de su triunfo se habia constituido en acusador público de la municipalidad, de los Franciscanos y hasta de la Convencion. La vacilacion de Danton, la contemporizacion de Robespierre y la moderacion de los Jacobinos, elevaban entónces á Marat al apogeo de su popularidad y de su poder. Se atrevia á ejecutar todo lo que meditaba, y su calenturienta imaginacion no ponía ya límites á sus ideales concepciones. Afectaba mucho desprecio hácia la Convencion, desdeñándose de asistir á sus sesiones, y al oír los nombres de Robespierre y Danton, se encogía de hombros, considerándoles incapaces de completar la revolucion y regenerar al pueblo, el uno por falta de virtud, y el otro por carecer de genio. Deslumbrábale la elevacion á que le habian conducido sus propias locuras. Creía reasumir de pleno derecho en su persona el número, el derecho y la voluntad de las masas. Adoraba en sí mismo la divinidad del pueblo.

El culto que á sí mismo se tributaba le habia inspirado á la parte ignorante y turbulenta de la nacion, y sobre todo del populacho de Paris, siendo Marat para ella la sublimidad del patriotismo. «Marat nos es necesario,—decía Camilo Desmoulins á Danton para excusarse de la adulacion que tributaba á aquel hombre.—Mientras tengamos á Marat de nuestra parte, el pueblo tendrá confianza en nuestras opiniones y no nos abandonará; porque fuera de las opiniones de Marat, no hay nada. Sobrepuja á todos, y nadie puede excederle.»

Desde la expulsion de los girondinos se habia recusado como diputado, no queriendo, decía, fallar como juez sobre los que consideraba como enemigos personales. Su parecer era la insurreccion, y por eso desdeñaba él de la Convencion y la espada de la ley. Devorado por una fiebre lenta y una horrible lepra, espuma visible de la efervescencia de su sangre, no salía casi de la morada sombría y recóndita donde habitaba. Desde allí, invisible y enfermo, no cesaba de señalar proscriciones al pueblo, designar los sospechosos, indicar las víctimas y promulgar sus órdenes á la misma Convencion. Esta escuchaba la lectura de sus cartas con verdadero disgusto, pero con deferencia aparente. Los girondinos, para acrecentar el odio de Francia contra sus enemigos, daban á éstos en los departamentos el nombre de maratistas; pero esta denominacion injuriosa engrandeció aún más á Marat en el ánimo del pueblo. Los departamentos resumían en aquel hombre todo el terror, todo el horror, toda la anarquía del momento, y personificando el crimen en aquel sér viviente y siniestro, hacían al mismo crimen más terrible y odioso.

LIBRO CUARENTA Y CUATRO.

Caen.—Casa de Carlota Corday.—Retrato de Carlota Corday.—Su vida.—Su carácter.—Sus relaciones con los girondinos proscritos.—Proyecto.—Viaje.—Llegada á Paris.—Audiencia.—Marat asesinado.—Prision de Carlota Corday.—Manifiesto á los franceses.—Juicio.—Ejecucion.

I

Mas entre tanto que Paris, Francia, los jefes y los ejércitos de las facciones se disponían de este modo á despedazar la república, la sombra de un gran pensamiento vagaba por el alma de una jóven, é iba á desconcertar los sucesos y los hombres, arrojando el brazo y la vida de una mujer por entre el destino de la revolucion. Podría creerse que la Providencia queria burlar la grandeza de la obra con la debilidad de una mano, y se complacia en poner en contraste los dos fanatismos luchando cuerpo á cuerpo, uno bajo el odioso aspecto de la venganza del pueblo en Marat, y el otro bajo la celeste hermosura del amor de la patria en una Juana de Arco de la libertad; ambos, sin embargo, tendían en su extravío al mismo acto, al asesinato, reuniéndose por desgracia de esta suerte en la posteridad, no por el objeto, sino por el medio; no por el semblante, sino por la mano; no por el alma, sino por la sangre.

En una calle ancha y poblada que atraviesa la ciudad de Caen, capital de la Baja Normandía y centro entónces de la insurreccion girondina, se veía en el fondo de un patio una antigua casa de ennegrecidas paredes, descarnadas por la lluvia y resquebrajadas por el tiempo. Llamábase esta casa el *Grand Manoir*. Una fuente con pilon de piedra cubierto de verdoso musgo ocupaba un ángulo del patio. Por entre una puerta angosta y baja, cuyas jambas acanaladas se reunían en el vértice formando arco, se divisaban los escalones carcomidos de una escalera de caracol que conducía al piso superior. Dos ventanas con crúceros, cuyos vidrios octógonos estaban asegurados en compartimientos de plomo, daban una luz débil á la escalera y á los vastos aposentos desguarnecidos. Esta luz pálida comunicaba á aquella morada, por esta vetustez y esta oscuridad, ese aspecto ruinoso, misterioso y melancólico que la imaginacion humana se complace en ver extendido como un sudario en las cunas de los grandes pensamientos y en las mansiones de las almas grandes. Allí vivía á principios de 1793 una nieta del gran trágico frances Pedro Corneille. Los poetas y los héroes son de la misma raza, no habiendo entre ellos otra diferencia que la de la idea al hecho. Los unos ejecutan lo que los otros conciben, pero es un mismo pensamiento. Las mujeres